

La Propaganda Católica

Semanario Literario, Científico y Artístico.

Año I.

Domingo 31 de Enero de 1892.

Núm. 4.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Reducción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Toda la correspondencia se dirigirá á el administrador del periódico don Ramón Blanco Rojo.

La Propaganda Católica

El Niño perdido en el templo

No se sabe de que edad comenzó á ir á Jerusalem el niño Jesús, que no perdía ocasión de honrar á su Padre, y á su Madre. Solo se sabe, no sin admiración, que no teniendo mas que doce años, emprendió el viaje desde Nazareth á Jerusalem, que por lo menos era camino de treinta leguas. Ya los Romanos habian despojado del reino al cruel y bárbaro Archelao: con que juzgaron María y José que no corría peligro el divino Infante, aunque fuese con ellos. Pero aunque no tenían ya que temer por parte de sus enemigos, no por eso les faltaron inquietudes y cuidado. Rara vez perdían de vista á su querido Hijo, á quien tiernamente amaban; pero el Niño, luego que se acabó la fiesta, y sus padres cumplieron con su devoción, se apartó de ellos sin hablarles palabra.

En lugar de seguirlos cuando se volvían á Nazareth, se quedó en Jerusalem, y lo hizo tan secretamente, que no entraron en cuidado hasta despues de un dia de jornada. Esta aparente inadvertencia no fué olvido de un Hijo, que amaban más que su alma; antes bien, fué efecto del elevadísimo concepto que tenían formado de su sabiduría divina. Desde luego se persuadieron que se habria separado de ellos para mezclarse en la tropa de los demás caminantes, por motivos superiores, que no les tocaba examinar. Buscáronle hacia la noche entre sus parientes, amigos y conocidos; y no hallando razón ni noticia de él, es fácil considerar el cuidado y el dolor que penetraría sus amantes corazones.

Resolvieron volver inmediatamente de Jerusalem, persuadidos á que, pues no estaba con ellos, le hallarían en el templo. Con efecto, al cabo de tres dias le encontraron en él, sentado entre un corrillo de doctores en una de las galerías ó corredores, que volaban al rededor del mismo templo, donde solían juntarse los doctores de la ley. Allí estaba el divino Niño enseñando á los maestros con lo que les preguntaba, con lo que les respondía, y con la modestia y humildad con que todo lo ejecutaba oíalos, y los hacía preguntas, como si tuviera necesidad de aprender. Cuando hablaba á todos admiraba su prudencia, su eficacia, el acierto de sus respuestas, y la solidez de sus discursos.

Sorprendiéronse agradablemente San José y la Santísima Virgen cuando le hallaron en una junta tan autorizada, y la madre, que le hablaba con alguna mayor libertad y confianza, le dijo con una queja amorosa:

—«Hijo mio, ¿cómo has hecho esto? ¿Pues no conocías que tu padre y yo te habíamos de andar buscando con mucho dolor y pena?»

La respuesta de Jesús á esta amorosa queja no fué sin misterio:

—«¿Qué necesidad teniais de asustaros, ni tampoco de andarme buscando? ¿No podiais conocer, que naturalmente estaria ocupado en alguna cosa del servicio de mi padre?»

No replicaron palabra María y José; conocieron que no habian comprendido el misterio cuando se afligieron tanto por su ausencia. Salió del templo el niño Jesús, y se vino con sus padres á Nazareth, donde vivió retirado y desconocido, sin que se sepa en particular cosa alguna de las grandes acciones de

virtud que practicó. Solo quiso se supiese que profesó siempre una rendida obediencia á María y José, para darnos á entender la excelencia de esta importante virtud, que comprende todas las demás. Es humilde, es mortificado, es piadoso, es constante el que es verdadero obediente.

(Extractado del A. C. del P. Croisset.)

EL LABRADOR

Penosas tareas lleva á cabo, á consecuencia de una necesidad imperiosa; fatigas innumerables, miradas al cielo, sueño fatigoso é intranquilo, todo lo siente aquel. Por desgracia vé á veces que el fruto de sus sudores lo arrastra el huracán: una lluvia torrencial lleva consigo de la tierra el trabajo que debiera producirle lo que en ella sembró; las más, una tormenta le amenaza y cuando cree que es nube de verano y que se disipará al instante, un granizo abundante y grueso destruye toda clase de arbustos y cereales.

¡Pobre labrador! Todo son accidentes en su contra, y como si esto no fuera bastante, el Erario público lanza sobre él á manera de estocadas ó sablazos, soberbias peticiones; cuando no se le pide por territorial, por sal, y cuando consume poco, se le hace que pague como si consumiera mucho.

Claro esta que debe contribuir á sostener en parte las necesidades, y exigencias públicas; pero que no supla rendimientos que á otros debiera exigirse con más poderosa razón.

Un labrador dando por recolectada su cosecha y suponiéndole libre de toda usura, ¿qué capital

